

Por último, sólo nos resta referirnos, aunque sea brevemente, a las fuentes bibliográficas de Tayloe, que son pocas: en primer lugar hay que poner el famoso *Ensayo sobre la Nueva España* de Humboldt, un autor al que acude y confirma muchas veces, y al que otras ataca por el excesivo entusiasmo que raya en las extravagancias (p. 62); en segundo lugar hay que situar las ediciones, por entonces novedosísimas, de Cortés, Herrera, Torquemada, Solís y Clavigero. No son muchas, como bien observará el lector; pero eran las mejores de que, por aquel tiempo, se podía echar mano.

En suma, el diario de Tayloe es importante por la luz que presta a una década tan interesante de la historia nacional independiente, como lo fue la de los veintes en la pasada centuria.

Juan A. ORTEGA Y MEDINA
Universidad de México

EL TRATADO McLANE-OCAMPO

EL LIBRO* se compone de advertencia, seis capítulos, apéndices e índices, que versan en torno al contenido descrito por el título.

El autor se avoca al estudio haciendo profesión de ecuanimidad y en son de protesta por las deformaciones que los temas históricos sufren en la política y la sociedad de nuestros días. Es el "culto juarista de los últimos años, impuesto oficialmente" el que le decide a la publicación del presente volumen. "El nombre de Juárez aparece ahora en todas partes, en todo momento, venga o no al caso, como si realzar la figura de un hombre fuera lo mismo que sentar las excelencias de alguna marca de cigarrillos."

Se le llama en el hemiciclo de la ciudad de México "Progenitor de la Reforma" y se rebela el autor tanto por el significado morfológico mal aplicado como porque resta los méritos a quienes realmente lo fueron. "Si tamaños dislates prosperan en la capital, sería injusto regatear la indulgencia a los oficiales de segundo rango que manejan la campaña en los Estados. Porque si el progenitor es el autor o elemento genético de algo, Juárez carece de ese título para la Reforma." Los verdaderos progenitores, dice el autor, fueron Juan de

* José FUENTES MARES, *Juárez y los Estados Unidos. (En torno a un tratado famoso.)* México, Libro Mex Editores, 1960. 248 pp. Facs.

Dios Cañedo, Valentín Gómez Farías y Miguel Lerdo de Tejada. Este último es a quien se debe la ley de nacionalización de los bienes de la Iglesia que fincó "la posibilidad de un poder civil eficaz y soberano".

Un testimonio de la época procedente de la pluma del agente especial del Presidente de los Estados Unidos William M. Churchwell (1859), parece apoyar estos conceptos al decir que Juárez tenía voz en el gabinete y era escuchado con respecto pero "carece absolutamente de influencia sobre sus ministros, bajo cuyo más absoluto control se encuentra tal vez sin darse cuenta".

Un libro que comienza con estas afirmaciones es ciertamente un libro polémico y parece salirse de los trazos generalmente aceptados en la bibliografía. Quizá el tema "Juárez" se haya desbocado en México en la misma forma que lo hicieron temas similares en otras partes del Continente. El ensalzar las figuras de los hombres llega, a veces, a un momento en que pierden la mejor cualidad que poseen: la de hombres.

Sin embargo, a pesar de este golpe inicial, que pone en su punto el tema, Fuentes Mares lo sitúa debidamente: una cosa es la etapa gestora de la Reforma y otra la que coincide con la entrada de las tropas de Napoleón III en la que "su figura se yergue indiscutible", cuando encabeza la República peregrina y han muerto Ocampo y Lerdo.

Con energía arremete también contra quienes lo apropian como símbolo conveniente para sus luchas políticas actuales y lo identifican como una señora a favor o en contra de cualquier lucha. Su razonamiento en este punto consiste en que "si tal conducta prospera respecto de las figuras que debieran ser indiscutibles —nada menos que los padres de la nacionalidad— ¡qué otra podríamos esperar con los que vinieron luego! En el caso de Juárez, concretamente, se le abonarían todos los peros o todos los contras".

En esta forma José Fuentes Mares se extiende en sus 242 páginas con reverencia ante la generación que se consumió en la guerra de Reforma, "a la que se consumió en pro y a la que se consumió en contra, quede eso claro. Sobre Benito Juárez, el histuri sin amor y sin odio".

Después de un largo y documentado estudio sobre el tratado McLane-Ocampo, en el que el lector llega a dramáticas conclusiones, José Fuentes Mares vuelve a levantar la figura central de la obra con serenidad implacable.

En marzo de 1860 Juárez lamentaba que el tratado no hubiese sido ratificado y llegó a autorizar a José María Mata para que extendiera el plazo de la ratificación de seis a doce

meses. La situación doméstica, tanto de los Estados Unidos como de México, desplazó por completo el interés en el tratado: la atención giró en torno a la Guerra Civil de los propios Estados Unidos y a la proximidad de la batalla de Calpulalpan. El final del año llegó sin que interesara a Juárez ni la convención ni el tratado. "El político, el extraordinario político, favorecido además por la fortuna en grado sin paralelo, había sacado la castaña con la mano del gato."

Logró recibir la ayuda de la intervención armada de los Estados Unidos en Antón Lizardo como si el tratado hubiera sido ratificado. Al terminar las esperanzas conservadoras, hecho a un lado Miramón, "todos sus esfuerzos tienden a lavar de su nombre tan fea mancha. Año y medio después, como anillo al dedo, la intervención francesa se cruzará en su camino para elevarlo a la condición de un héroe. Sin salvación posible ante la historia de 1859, a partir del siguiente año principia a reivindicar el nombre y la fama. Todo por encima del cálculo de probabilidades. Dios debió ser absolutamente juarista entre 1860 y 1867".

McLane a un paso del éxito y habiendo ganado todas las batallas, perdió la última por las complicaciones que adujo el problema de la esclavitud negra.

La síntesis final del libro presenta el cuadro de los acontecimientos con todo el dramatismo: cuando Juárez se instala en la ciudad de México con su gobierno, "en Carolina del Sur se encontraban a punto de romper los primeros cañonazos de la guerra de Secesión. Ceja la lucha diplomática en el frente del Destino Manifiesto. Y el tratado y la convención McLane-Ocampo fueron a parar al archivo del Departamento de Estado, al oscuro rincón de los convenios que nacieron muertos... En realidad aquí no ha pasado nada, absolutamente nada".

Sin embargo, al reflexionar, por nuestra parte, creemos que pasó y mucho: se continuó la tradición política en pos de la posesión de la tierra que los Estados Unidos proyectaban sobre tierras de México desde el principio de siglo. El tratado McLane-Ocampo pretendía redondear el de Guadalupe Hidalgo mediante un aparato ortopédico y de seguro hubieran insistido los Estados Unidos en él de no ser por las circunstancias adversas que atravesaron. Al salir de la guerra resurgieron unos Estados Unidos de diferente sentido, preparados para llevar a fondo la reestructuración social y económica interna que les permitiría lanzar sus grandes inversiones sobre nuestra economía.

La agilidad política de Juárez y la marcha atrás, a tiempo, aprovechando la crisis del problema esclavista posibilitaron la floración de su figura hasta su plenitud que, a fin de cuentas, Fuentes Mares admira y ensalza después de una cuidadosa *mise au point*.

El tomo acompañado de copias facsimilares de los principales documentos se apoya en una bibliografía amplia acompañada de suficiente documentación, sin faltar dos apéndices con el texto completo del tratado y de la convención.

Estamos seguros de que esta nueva investigación será leída con interés por los historiadores que reconocerán ampliamente en ella el mérito de un trabajo profundo a la vez que la claridad y la sencillez, a veces acompañada de un lenguaje casi de coloquio.

Carlos BOSCH GARCIA,
Universidad de México

IMPERIALISTA DESENGAÑADO

PUEDA DECIRSE que uno de los mexicanos que más contribuyeron a la elevación del Archiduque Maximiliano al trono de México, fue sin duda don José Manuel Hidalgo, quien vino al mundo en la capital de la República el 6 de abril de 1826, hijo de un coronel español que se había unido a Iturbide para consumar la independencia de nuestro país y de una hermana de don Antonio María Eznaurrizar, Tesorero General de la Nación en la época de Santa Anna. En 1847 defendió a la patria en Churubusco bajo las órdenes de don Manuel Eduardo Gorostiza, quien elogió su valerosa conducta frente al enemigo, el cual lo hizo prisionero.

Al recobrar su libertad por el tratado de paz entre México y los Estados Unidos, el Presidente Peña y Peña nombró al joven Hidalgo agregado a la Legación de México en Londres; pasó poco después a Roma bajo las órdenes del ministro don Ignacio Valdivieso, distinguido caballero y gran diplomático que fue su maestro en ese arte, actualmente en decadencia. Siguió a la corte pontificia a Gaeta, en donde se dio a querer de Pio IX, el cual siempre le guardó benevolencia. En 1853 fue enviado de nuevo a Londres donde hizo muy buenas amistades. Se le ordenó trasladarse a Washington, pero a última hora se le cambió a Madrid, por influencia de Gutiérrez de Estrada, quien quería contar con la ayuda de Hi-